



CATALOGADO

# ¿POR QUE LOS CAMBIOS EN LAS UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA SON FUNDAMENTALES PERO DIFICILES?

POR JOSE MEDINA ECHVAERRIA

La pregunta es: ¿por qué son difíciles ciertos cambios en las Universidades latinoamericanas que parecen sin embargo esenciales? Una respuesta inmediata pudiera ser la de que no son ni más ni menos difíciles que otros cambios igualmente fundamentales. Pero como esta respuesta no sugiere ninguna explicación suele tomar visos de mayor rigor, sin salir de lo obvio, en la

---

\* El presente trabajo, preparado por el Dr José Medina Echavarría, del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (Santiago de Chile), fue presentado por su autor al Seminario "Problemas y Estrategias del Planeamiento de la Educación en América Latina", celebrado en París, del 6 de abril al 8 de mayo de 1964, bajo los auspicios del Instituto Internacional de Planeamiento de la Educación. Se reproduce con autorización del autor.

socorrida fórmula del círculo vicioso. Los sistemas de enseñanza superior se postula, requieren una reforma a fondo en los países en vías de desarrollo por ser un instrumento decisivo del mismo, pero por tratarse cabalmente de países de insuficiente desarrollo aquellos sistemas no sólo son deficientes sino muy refractarios a todo cambio. Este descubrimiento se ha hecho muchas veces con la mayor seriedad y con innegable evidencia. Pues los supuestos implícitos en la pregunta quedan al descubierto y hay una aparente interpretación causal.

Ocurre, sin embargo, que hoy por todas partes —lo mismo entre avanzados que entre rezagados— se habla y se escribe acerca de la reforma universitaria como una tarea urgente, que nadie considera desde luego como cosa fácil. Y la fórmula ya no es aquí la del círculo vicioso sino la del antagonismo entre continuidad y adaptación, que tampoco declara de por sí nada de su contenido concreto. En estas circunstancias la respuesta a la pregunta inicial es menos fácil pues nos complica necesariamente en una comparación de urgencias y dificultades. Es distinta la necesidad de reforma en unos y otros países? ¿En qué consiste la naturaleza de sus respectivas dificultades?

Ceñido así el problema se pierde la inocencia feliz de la tautología y se nos obliga a un penoso trabajo de investigación. Ahora bien, sus dimensiones son tales que nadie puede esperar la temeridad de que pueda intentarse en unas pocas páginas. Todo lo más sólo cabe aspirar, y no es poco, al planteamiento de unas cuantas cuestiones fundamentales. Mejor dicho, a trazar el cuadro en que esas cuestiones aparecen.

Pero aún circunscrita de esa suerte la tarea no por eso deja de ser ambiciosa. Dos condiciones, sin embargo, la allanan o facilitan.

La primera consiste en el hecho de que las notas esenciales del problema universitario parecen ser por todos lados las mismas: en Europa y América, en Asia o África, aun allí donde se trate de nuevas fundaciones y no sólo de reformas de lo ya instituido.

La segunda es la recortada orientación del punto de vista. Pues no se trata del problema universitario en sí, sino de su más modesta consideración desde la perspectiva sociológica. Sin embargo, no conviene hacerse demasiadas ilusiones a este respecto. El tema de la enseñanza superior —de la Universidad (1)— está tan cuajado de cuestiones que induce a unos y a otros a adentrarse por caminos que llevan a

(1) Los clásicos del pensamiento universitario son pocos y por fortuna las más de las veces sus escritos son de corta extensión. Pero en estos últimos años se amontona una incesante bibliografía, sobre todo en forma de artículos, conferencias, informes y proyectos: estos últimos tanto individuales como de comisiones y organismos: lo mismo nacionales que internacionales. Empieza a ser, por tanto, indomable. La situación se complica por la ampliación que ha tomado el campo conexo de la planeación u organización de la investigación científica como tarea nacional e internacional. Revistas especializadas y creciente aportación de memoranda se vuelcan sobre este tema, en parte confundido con el de la enseñanza superior.

grandes lejanías, a consideraciones, por ejemplo de rigurosa metodología científica o a planteamientos de carácter crítico-cultural. Y no le es fácil tampoco al sociólogo, en cuanto tal, abstenerse de tocar algunas de ellas.

Al lado de estas facilidades se da al mismo tiempo una dificultad, la que deriva del objeto inmediato: América Latina. En primer término hay que recordar de nuevo que no se trata de una realidad homogénea, sino de un conjunto de países emparentados en sus tradiciones pero en fases muy distintas de su desarrollo económico y con aspectos políticos muy diversos. La sospecha está justificada a este respecto de que también la situación universitaria es muy distinta y en cada uno de los diferentes países con una historia que le es propia. Pero por eso mismo ocurre por añadidura que no es fácil encontrar —si es que existen— estudios de conjunto. Estas páginas aspiran a incitarlos —por las razones que en el curso de las mismas se irán viendo.

— I —

Cuando en los apuros de una exposición concisa se impone señalar los factores más generales que llevan por todas partes a las actuales reformas de los sistemas de la enseñanza superior, no cabe duda alguna de que son estos dos: primero, la creciente “masificación” de la Universidad; segundo, la intensiva y generalizada transformación de la vida por la ciencia antes de toda educación científica propiamente tal. Ambos presentes, en forma notoria, en las sociedades industriales más avanzadas.

Huelga en estos momentos la descripción al detalle de lo que el desborde de la masificación significa: insuficiencia del personal docente, grandes aglomeraciones en las aulas, carácter ilusorio del trabajo en seminarios y laboratorios, dificultades de los exámenes y pruebas, etc. Interesa únicamente ahora señalar con rapidez las causas sociales de esta ampliación de la escolaridad universitaria. Por un lado el crecimiento demográfico mismo, por otro la elevación de los niveles de aspiración, con la apertura de la enseñanza superior a nuevas capas sociales. La dosis en que ambos momentos se combinan es distinta de sistema a sistema, de país a país, y no son tampoco similares las soluciones buscadas, dependiendo del rigor mayor o menor de los criterios selectivos

Dejando aparte un sistema como el soviético que tiene sus orígenes en una revolución total, el ejemplo más significativo y típico en los

países occidentales del fenómeno señalado se ofrece en los Estados Unidos. Y no por el simple hecho de la máxima ampliación en ese país de la escolaridad universitaria, sino por la forma en que se ha realizado. Porque desde la perspectiva sociológica, si bien no es desdeñable el factor demográfico, lo que más cuenta e interesa es la generalización, como norma o vigencia social, de la aspiración a la enseñanza universitaria, aunque sea desde luego en el grado "undergraduate". La dilatación de las cohortes de edad universitaria por el solo crecimiento demográfico y la participación en ese tipo de enseñanza de nuevas clases sociales, se dan asimismo en otros países occidentales de industrialización avanzada. Pero en ninguno de ellos se ha realizado, cualquiera que sean las nuevas oportunidades otorgadas, una institucionalización semejante de la demanda universitaria como expresión de una normatividad social. En Estados Unidos se ofrece marcadamente una progresión histórica en la elevación generalizada de los niveles objetivos de aspiración y no simplemente un estímulo a las aspiraciones subjetivas: primero en la enseñanza primaria, luego en la secundaria y hoy día en la superior (2). Lo cual significa que, sin dejar de existir los aspectos utilitarios y de ascenso social, se trata más bien de que la enseñanza universitaria aparece ya como el "standard" o nivel docente o normal de la aspiración humana en materia educativa. Esta afirmación no contiene en consecuencia un simple elogio, persigue únicamente fijar a través de un ejemplo un decisivo concepto sociológico: el del denominado nivel objetivo de aspiración. Del que importa ahora mucho tomar nota en vista de lo que luego se dirá.

Mucho antes de que los efectos de la masificación universitaria se hicieran patentes en los países industrializados, otro factor más hondo, y para muchos apenas visible, llevaba a la transformación de las viejas estructuras. Pues hace tiempo que las sociedades de ese tipo se caracterizan por estar sometidas a la presión difusa de lo que se ha denominado la "preformación de la vida por la ciencia". La profundidad del fenómeno se refiere al plano en que se ofrece y su carácter invisible traduce la realidad de una atmósfera en que se respira como un medio habitual. La preformación de la vida por la ciencia consiste en que las más de las actividades cotidianas del hombre contemporáneo se encuentran ya mediatizadas por pautas que provienen de la investigación científica. Se tenga o no conciencia de ese origen, semejantes pautas, aunque no antes transmitidas por una determinada técnica, pe-

(2) La exposición más convincente de este proceso se encuentra en dos artículos de Martin Trow: "The Democratization of Higher Education in America" y *Archives Européennes de Sociologie* III (1962) Nº 2; y "The Second Transformation of American Secondary Education" in *The International Journal of Comparative Sociology*, II (1961)

*¿Por qué los Cambios en las Universidades de América Latina* 11  
*Son Fundamentales pero Difíciles?*

netran en los rincones más modestos del hacer humano —en el taller, en el hogar, en la comunicación, etc.— y facilitan así en forma de hábitos o automatismos la adaptación a la compleja civilización actual. Esta preformación de la existencia cotidiana por la ciencia no significa sin más que se viva científicamente o en una época científica, como a veces se interpreta a la ligera, pero tiende a empujar en esa dirección. O sea, a que la mayoría de los problemas prácticos —económicos, políticos, sociales, etc.— queden reducidos a ser cuestiones del saber científico. Y lo que ahora cobra singular interés, tiende a que las profesiones o actividades especializadas se apoyen de manera creciente sobre bases científicas. Como el número de esas profesiones es cada vez mayor en las sociedades industrializadas, el movimiento de su diferenciación marcha paralelo al de la diferenciación científica

La preformación de la vida por la ciencia (3) viene así a presionar en un doble sentido sobre la enseñanza superior. Las pautas de conducta cotidianas mediatizadas por los resultados de la ciencia pugnan, en general, por explicitar esa mediatización. Es decir, por poner en claro y en plano consciente sus supuestos. La ciencia se destaca como un valor primario y se acepta en principio su cultivo como una necesidad imperiosa. Pero en forma todavía más concreta, las actividades profesionales requieren que alguien se ocupe no sólo de articular en forma sistemática sus principios científicos implícitos, sino de enseñarlos al mismo tiempo con igual rigor. Ese alguien no es otro que la Universidad misma. Especialización científica y especialización de la enseñanza universitaria son correlativos.

Pues bien, cuál es la situación de los países latinoamericanos desde la perspectiva de las dos características generales antes señaladas? O, mejor dicho, en qué modo y medida se ofrecen dentro de sus sistemas de enseñanza superior los dos factores de transformación que conducen a la reforma universitaria en los países industriales más avanzados?

El continuo aumento de la escolaridad universitaria parece ser también común en todos ellos, aunque con notable diferencias de unos a otros. La medición de esas diferencias y su comparación con las existentes respecto a los países de mayor desarrollo económico, podría obtenerse con mayores o menores dificultades en forma de estimaciones aproximativas. Pero aparte del carácter siempre equívoco de esas comparaciones, en nada contribuyen a aclarar el punto que ahora más interesa.

(3) Esta "Vezwissenschaftlichung" de nuestro mundo ha sido señalado, claro está, por diversos pensadores. Una reciente exposición concisa y sistemática es la de Helmut Schelsky *Der Mensch in der wissenschaftlichen Zivilisation* 1961

¿A qué se debe propiamente esa ampliación de la escolaridad universitaria en aquellos países en que parece mayor? La hipótesis es que el aumento de volumen en el estudiantado universitario obedece a una casualidad puramente demográfica. El crecimiento de la población actúa en este caso, en las grandes ciudades sobre todo, a través de las clases o sectores medios, que aportan el mayor porcentaje de los ingresados en la universidad.

Esta hipótesis solo podría confirmarse, desde luego, en un estudio detallado, que mostraría además las distintas modalidades —por país o grupo de países— de su validez. La participación de las clases obreras aparecería muy limitada, e insignificante la de las campesinas. En cualquier caso las motivaciones se encontrarían distribuidas al azar de niveles de aspiración puramente subjetivos, en familias o individuos con un fuerte impulso de ascenso social. Es decir, el predominio del factor demográfico implica la inexistencia de niveles objetivos de aspiración fijados como vigencia social en el nivel universitario. El hecho es de suyo evidente, porque en los países latinoamericanos la universalización de la educación no ha llegado todavía al nivel de la secundaria y, en más de uno, ni siquiera al de la primaria. En este sentido, los fenómenos de masificación que pueden señalarse en esta o la otra Universidad, no son representativos. Y cuando se analizan las dificultades acarreadas por ese fenómeno resultan imputables a las debilidades de la organización universitaria misma más que a los efectos de la supuesta avalancha. O sea, la fragilidad de los sistemas de enseñanza superior, por escasez de recursos personales y materiales, no les permiten resistir un relativo aumento de la escolaridad, que absorberían sin mayores dificultades organismos más vigorosos. A lo que habría que añadir, la mayoría de las veces, el hecho de las deficiencias de la enseñanza secundaria, cuyos resultados repercuten negativamente en las tareas de la universitaria.

Para el análisis sociológico de la situación universitaria en los países latinoamericanos, el fenómeno de la masificación es menos importante y decisivo que el del grado mayor o menor de la preformación de la vida por la ciencia. Los desniveles respecto a las sociedades más avanzadas son, en este punto, considerables y muy grandes también entre los mismos países latinoamericanos. Por lo común la preformación de la vida por la ciencia avanza con lentitud y solo se manifiesta en los grandes centros urbanos. Esto quiere decir, que las sociedades latinoamericanas no están todavía impregnadas en conjunto y de manera homogénea por semejante preformación existencial por la ciencia que es la nota dominante de las sociedades industrializadas. Y que su

aparición desigual —a veces en forma de islotes— traduce en sus capas profundas lo que la conocida teoría del dualismo estructural trata de señalar, la distancia entre los medios urbanos y los campesinos. El agio se encuentra, por lo general en una fase precientífica y muchas ciudades están rodeadas por numerosas poblaciones marginales cuya disposición existencial —por causa del desarraigo— casi supone un retroceso en relación con las campesinas de que provienen.

La escasa densidad general de la preformación de la vida por la ciencia no estimula el prestigio de ésta y el afán de poseerla, ni tampoco la racionalización primaria que aquella preformación lleva consigo. Fuera de los centros industriales no existe la diferenciación profesional y la necesidad, por tanto, por cimentar en forma científica la estructura y enseñanza de esas profesiones.

Ahora bien, se estaría incurriendo de nuevo con todo esto en la escapatoria del círculo vicioso, si no se percibiera en esa situación la urgencia de romperlo por algún lado. Con lo que se perfila una tarea que incumbe muy especialmente a la Universidad aun en los lugares en que parece más débil. Y que consiste en tratar de difundir con plena conciencia por los ámbitos nacionales los efectos de la descrita “preformación” de la vida, que no brota en ellos de manera espontánea y que tampoco parece fomentar una enseñanza secundaria deficiente. En la diferenciación de funciones a que está sometida la Universidad en todos los países y de la que luego se hará mención más detenida, se destaca así en los latinoamericanos la denominada función cultural. Y no por seguir las preferencias de alguna teoría, sino por exigencias de la estructura social y de las formas existenciales que la misma determina. La Universidad no puede menos que acudir con los medios a su alcance, por pobres que sean a extender por todos lados la capa nutricia de la preformación de la vida por la ciencia. Ni la enseñanza profesional puede desarrollarse sin su apoyo ni menos el puro cultivo de la investigación científica. Esta última no puede darse sin la existencia de una comunidad científica —no bastan figuras excepcionales— que solo vive del crédito. Es decir, de la confianza que le otorga el hombre corriente, que ya vive sin saberlo en todo lo que hace de pautas derivadas de la ciencia misma.

## II

La consideración de la Universidad en su propio mundo, o sea como institución singular al lado de otras instituciones, exige atender



ante todo a los problemas internos de su organización, pero éstos nos llevan, quiérase o no, al examen de dos relaciones externas fundamentales: las que la Universidad mantiene con la sociedad en su conjunto y con el Estado. Con el mismo riguroso esquematismo que en el párrafo anterior se trataría aquí de tomar nota de las tendencias generales que se ofrecen por doquier en el momento actual, para luego examinar su proyección en el ámbito más reducido de América Latina. Conviene destacar, por eso, de antemano que las dos cuestiones más importantes y de mayor interés para la perspectiva sociológica son estas dos: las de la apertura mayor o menor de la Universidad a las demandas de la sociedad en que se encuentra (4) y la de las conexiones de la misma con el Estado contemporáneo siempre intervencionista y "benefactor" en uno u otro grado. Dicho con mayor precisión: el problema de la funcionalización creciente de la Universidad y el problema de la preservación de su autonomía.

En el plano de las relaciones de la Universidad con la sociedad en su conjunto —en el de su mayor o menor adaptación a las exigencias que ésta le plantea— el hecho que hoy no puede ser esquivado en lugar alguno es el de la progresiva diferenciación de funciones a que la Universidad se encuentra sometida. Esa diferenciación producida como una situación de hecho —forzosa por lo tanto— es la que por todas partes ha roto las estructuras tradicionales de uno y otro tipo y ha puesto sobre el tapete el debate de la reforma como resultado de la tensión entre adaptación y continuidad. (Ashby)

Para el sociólogo lo ocurrido a este respecto no es cosa en modo alguno sorprendente, pues repite en la institución universidad el mismo proceso ocurrido en otras instituciones. La única peculiaridad —como ya ha sido observado con razón— es que en la Universidad la diferenciación se ha producido sin expulsión alguna, en contraste con la contracción sufrida por otras instituciones en virtud de su continuo abandono de las nuevas funciones que no podían cumplir. Sin este fenómeno de "conservación" no se hubiera producido la necesidad de confrontar una y otra vez la idea y la nueva realidad.

Algunas de las razones del proceso de diferenciación funcional de la Universidad comenzaron a insinuarse desde las primeras páginas de este escrito. No son suficientes ni completas. Pero su examen detenido no corresponde a este lugar, aparte de que solo expusiera hechos ya conocidos. la especialización continua del saber científico y las al-

(4) Un interesante análisis sociológico de estas formas de apertura de la Universidad a las exigencias sociales se encuentra en el escrito de Ben David J. y Zlotovskier V. "Universities and Academic Systems" en *Archives Européennes de Sociologie* III (1962)

teraciones ocurridas en el sistema de las ciencias, la institucionalización de la investigación científica y la consiguiente "exposición de sus medios de producción"; la crisis de los principios y creencias de la cultura contemporánea que no es posible dejar sin examen, la permanente expansión de nuevas profesiones que lo mismo que las más viejas, demandan una enseñanza científicamente fundamentada; la educación política del ciudadano allí donde se conserva la democracia liberal, etc.

Toda la copiosa bibliografía a que antes se aludió no es otra cosa en definitiva que un comentario de semejante proceso de diferenciación funcional y una toma de posiciones frente a él. Pero lo interesante es que casi siempre se da una aceptación tácita o expresa del mismo. De suerte que, fuera de algunos casos de severa y conservadora persistencia en la idea, en la mayoría había que anotar como dominante la fórmula orteguiana: la universidad es esto, pero *además* aquéllo o lo otro.

¿Por qué no poner en claro simplemente cuáles son las funciones diversas que hoy comparten la labor de la Universidad, unitaria a pesar de todo? O sea, explicitar lo que en todas partes se hace, aunque sea en forma tácita y subrepticia.

La tarea no es nueva, se ha llevado a cabo con mayor o menor fortuna en lo que va de siglo diversas veces y sólo cabe recordar, por su influjo en los medios hispánicos, el famoso análisis de Max Sheler allá por la vigorosa década de los veinte.

Pero de Sheler a acá el proceso no ha parado y hoy conviene tener en cuenta otras funciones no señaladas por él. Quizá el esfuerzo sociológico más considerable por encarar ese problema desde nuestra actualidad sea el de Helmut Schelsky (5), que agrupa del modo siguiente las diversas actividades universitarias: 1) funciones de investigación; 2) funciones de enseñanza; 3) funciones corporativas, 4) funciones de la práctica social y 5) funciones indirectas. Cada uno de estos epígrafes alberga a su vez diversas tareas, de las que un buen número son de reciente aparición, sobre todo en el campo de los tres últimos. Por todas partes y muy en particular en las Universidades más destacadas, el cumplimiento de tan distintas actividades impone a profesores y administradores una carga de trabajo que llega al lí-

---

(5) Helmut Schelsky *Einsamkeit und Freiheit* Rowhl 1963. En el ascetismo de referencias bibliográficas que imponen el carácter y extensión de estas páginas, queda una vez por todas remitido el lector a este libro que representa la última *mise au point* sociológica del problema de la reforma universitaria. Ni que decir tiene, desde una determinada tradición nacional.

mite de su capacidad de resistencia. De allí que la necesidad de poner un orden en ese complejo amontonamiento sea también general.

Una vez que se ha tomado nota de estos hechos, conviene sin embargo volver a la simplificación. Es decir, a tener en cuenta únicamente en este momento, las funciones más tradicionales y de mayor volumen: las que se refieren a la ciencia y su investigación, a la preparación profesional y a la formación cultural. Las distintas posiciones doctrinales equivalen a la preferencia por una de ellas. Y su tensión interna persiste, imponiendo siempre determinadas opciones u obligando a esfuerzos de coordinación, que nunca se aceptan como plenamente satisfactorios. Lo importante, sin embargo, es el hecho de que todos los sistemas universitarios con vitalidad consiguen de alguna manera satisfacer las exigencias de esas tres tareas, partiendo de tradiciones o ideas diferentes. Y esto, por distintos organismos dentro del sistema o incluso dentro de cada uno de ellos. El panorama de la situación contemporánea de la Universidad —en Inglaterra, en Estados Unidos, en Alemania, en Francia y en la Unión Soviética— ofrece reiteradas pruebas de la afirmación anterior.

La más alta entre las “peculiares” creaciones de occidente, la universidad, nació en cuanto “institucionalización de la inteligencia” como corporación autónoma y ha conservado ese carácter en los países de su tradición —exceptuados lamentables paréntesis— hasta el día de hoy, aunque solo fuera en la forma desde luego deficiente del profesor soberano de su cátedra en el sistema francés. Lo incorrecto de esta afirmación al dilatar el concepto estricto de autonomía —capacidad propia de regulación y administración— indica que estamos en realidad ante otra cosa. Se trata de algo que precede y fundamenta la autonomía misma. Sociológicamente consiste en una peculiar relación entre el poder político y un poder social, entre el Estado y una institución espiritual. Y esa relación ha sido siempre como en otras típicas de occidente, de equilibrio o, si se quiere, de compromiso. Por eso no se reduce a ser meramente una cuestión estatutaria o que pueda resolverse de una vez por todas por un precepto jurídico. Esa relación solo existe, antes e independientemente de toda declaración legal, cuando se ofrece entre sus dos elementos respeto mutuo y reconocimiento recíproco de su autoridad. La verdadera autonomía deriva del ámbito de libertad reconocida a la Universidad por el Estado por razón de que acepta la autoridad que ésta posee ya por sí misma. En este sentido perdura la autonomía espiritual de la Universidad aún allí donde se ha convertido en miembro uniforme de la actividad administrativa del Estado. Exige, por tanto, esa relación, por una parte que la Universidad posea

*¿Por qué los Cambios en las Universidades de América Latina 17  
Son Fundamentales pero Difíciles?*

ya de por sí, gracias a su prestigio social, la autoridad que opone a otras autoridades, incluida la suprema del Estado, y por otra que la política cultural del Estado tenga como principio fundamental de su doctrina y de su ejercicio la aceptación de la autoridad universitaria. La fascinante historia de la Universidad en los distintos países es solo la historia de las distintas formas que ha tomado esa relación y de los delicados mecanismos de equilibrio que la han mantenido. Las puras fórmulas “funcionalistas” acerca de las condiciones de la actividad científica, aparecen por eso inoperantes cuando se trata de hacer sociología concreta de la ciencia y explicar las razones aquí o allá de algunos de sus momentos culminantes. Sólo el análisis histórico-sociológico descubre en cada caso las condiciones de compromiso siempre inestable entre las distintas fuerzas y estructuras sociales que hicieron posible la aparición y persistencia de un medio favorable a los afanes científicos. ¿Cómo explicar si no el esplendor de la Universidad alemana bajo el dominio de monarquías autocráticas?

La interpretación anterior nada declara, claro es, en contra de la autonomía en estricto sentido, que permanece intacta en algunos sitios y más o menos aproximada en otros. Señala, por el contrario, los caminos que hay que seguir para explicarla allí donde se manifieste su presencia, es decir, para encontrar las conexiones de estructura social que la hacen viable.

Tampoco contradice este planteamiento de análisis sociológicos concretos a la interpretación del sentido histórico de la Universidad como creencia en el valor supremo de la Razón, que llevó a Ortega y Gasset en algún momento a declarar sus inquietudes ante el porvenir de la misma. Las predicciones no se han cumplido por fortuna, por lo general, y en estas últimas décadas se han dado, por el contrario, continuados esfuerzos para conseguir la reafirmación de la idea universitaria. Pero sería una ceguera negarse a la evidencia de que la amenaza subsiste.

Un mínimo de familiaridad con la historia de los sistemas de enseñanza superior ofrece, en todo caso, una doble lección. La primera se refiere a la copia o imitación de determinados sistemas, la segunda a los últimos límites de toda planeación racional. Aunque siempre se haya ofrecido un sistema como el “modelo” por excelencia —el alemán por mucho tiempo, el norteamericano acaso hoy— todo intento de copia o importación resulta fallido si no se dan al mismo tiempo las peculiares condiciones sociales que lo hicieron posible. Sería innecesario repetir la advertencia —válida para toda institución— si,

de puro sabida, no fuera otras tantas veces consultada. Pero, además, esa historia muestra asimismo, el peso considerable de elementos irracionales o, por lo menos, imprevisibles, que, sin, embargo, fueron a la postre favorables al despliegue de la Universidad y de la ciencia. La presencia de ese elemento de irracionalidad o de imprevisible espontaneidad creadora en los delicados mecanismos de mantenimiento en las tareas del saber, impone cautelas y el imperativo de mantener la conciencia de los límites en los esfuerzos contemporáneos por alcanzar una planeación racial —justificada, desde luego— en estas materias.

Ahora bien, el Estado con que ahora se encuentra la Universidad no es el mismo que el que existía hace unos cincuenta años y plantea en condiciones distintas el problema de sus relaciones recíprocas. El Estado contemporáneo social o benefactor, que amplía sin cesar su competencia en todos los ámbitos sociales por medio de las actividades de compensación, de distribución, de organización y de iniciativa que se le piden, no tiene por qué detenerse ante el campo de la educación. Al contrario, todo lo que en él se encierra —enseñanza, investigación, ciencia— es para el Estado un elemento esencial de supervivencia, o, mejor dicho, del mantenimiento y renovación de la complejísima sociedad de que es órgano tutelar. Ante esa expansión de las actividades estatales, la Universidad se enfrenta con la necesidad de buscar nuevos acomodos en la defensa de su independencia, de su mayor o menor autonomía. Dentro de la tradición occidental solo una cosa aparece claramente ilegítima: toda pretensión del Estado de imponer una doctrina. Pero fuera de esto la aceptación o negación de sus posibles demandas no es cuestión de legitimidad sino de conveniencia y, por tanto, de compromiso. Sin embargo, este solo criterio pragmático no defiende, ni mucho menos, de tentaciones y del peligro de supeditar en demasía la política universitaria a la política estatal.

Por lo pronto, es un hecho la dependencia financiera cada vez mayor de la Universidad respecto del Estado y de la que acaso solo se exime hoy un solo país importante. Los costos de la enseñanza superior son tan elevados que toda expansión de su actividad exige acudir al Estado en demanda de la correspondiente ampliación presupuestaria o de subvenciones especiales por otro lado, el Estado empieza a ejercitar enérgicamente una nueva tarea que afecta de modo directo a la Universidad, la de la organización desde un punto de vista nacional de la investigación científica. Esta última forma de planeación, que quizá acabe siendo la primera en el orden de importancia, nació impulsada, desde luego, por razones de potencia y prestigio a que no

todos los estados se sienten obligados en igual medida. Pero no menos encuentra su justificación en otras necesidades prácticas de la producción económica y del bienestar y conservación sociales que interesan por igual a cualquier Estado. Por eso el porcentaje del ingreso nacional dedicado a la investigación científica crece de continuo en los países más avanzados. La posición de la Universidad actual no puede menos de ser ambigua a este respecto; por un lado se siente invadida en su más tradicional reducto de autonomía, por otro, se encuentra estimulada y compensada por ofertas de participación en tareas que aunque no provengan de ella necesitan de sus mejores recursos intelectuales. Sería impertinente sugerir aquí todas las implicaciones y complicaciones del asunto. Solo importaba en sus trazos más gruesos para entender una sola cosa, el carácter de la reforma contemporánea de la Universidad como un proceso permanente en que es necesario contar de una u otra manera con el Estado, es decir, con las tendencias de su política cultural.

A este respecto la tipología de las reformas universitarias formulada por Schelsky sobre la base de experiencias alemanas tiene una validez general con unos pocos retoques más de forma que de fondo. Existe una *reforma política* cuando en situaciones de transformación social profunda la Universidad se organiza por el Estado y de él recibe el contenido de sus orientaciones culturales o incluso de una doctrina. Existe una *reforma corporativa* cuando por un proceso interno la Universidad como institución propone por sí misma las medidas necesarias para adaptarla a las nuevas circunstancias. Existe una *reforma de compromiso político-cultural* cuando la renovación de la Universidad es el resultado de una elaborada convergencia de las iniciativas corporativas y de los estímulos e intereses generales del Estado. Ese último tipo tiende a quedar como el único posible dentro de los países en que se conserva la democracia liberal.

De nuevo, cuál es la situación de la Universidad latinoamericana desde la perspectiva de los tres aspectos antes esbozados? El peligro de toda generalización sobrecoge en este momento en que no hay más remedio que aceptarlo. Ni siquiera cabe curarse en salud formulando previamente la lista completa de reservas. La fundamental, sin embargo, es la de que todo lo que pueda decirse no pretenda aparecer como un conjunto de resultados sino únicamente como una serie de planteamientos.

¿En qué forma ha ocurrido la diferenciación funcional de las Universidades latinoamericanas? Dicho en su otra forma, cómo han respon-

dido éstas a la presión de las demandas sociales? La hipótesis sería que, a diferencia de lo sucedido en los países más avanzados, la Universidad latinoamericana no ha sido la que ha tenido que abrirse a las exigencias de su sociedad sino, al contrario, que, en buena medida, ha tenido que adelantarse a ellas y suscitarlas. De suerte que, si tal cosa ha ocurrido en las últimas décadas, el futuro inmediato exigirá la continuidad de esa tendencia en la forma de una política clara y definida. Razones? Si los sistemas de enseñanza, de la superior por tanto, reflejan una estructura social, no hay que olvidar que la estructura social de América Latina permaneció casi intacta desde la independencia hasta las primeras décadas de este siglo. Y que solo a partir de los ramalazos de la primera guerra mundial, empiezan a mostrarse conatos de variación estructural, que solo en la actualidad toman la forma de un estado de transformación profunda. La historia de la Universidad latinoamericana tendía que hacerse, paso a paso, a lo largo de esa línea esquemática fundamental. Sin grandes variaciones durante un siglo, entra a toda prisa en las últimas décadas en un período acucioso de reforma permanente. Esa es su situación actual.

Los antecedentes importan desde luego: la Universidad originaria, entra escolástica y renacentista, el momento luego de la Ilustración, secular o “jesuita”. Es posible, sin embargo, en esta marcha apresurada prescindir de ellos. Porque, en efecto, la Universidad que ahora se reforma es la que deriva de la transformación política de la Independencia y que solo se consolida muy entrada la mitad del siglo XIX. Esa Universidad, de predominante influjo francés amalgamado con la tradición de las viejas facultades, representa un sistema de enseñanza profesional, que se declara incluso terminológicamente cuando el nombre de Escuela sustituye al de Facultad. Al lado de la Facultad de Filosofía, allí donde subsistió, las dos otras Facultades de Derecho y de Medicina constituyen el núcleo fundamental. Luego, y poco a poco, vendrían las Escuelas de Ingeniería más o menos diferenciadas. La Universidad de este tipo pretendía “enseñar” las profesiones que ese tiempo consideraba más importantes o esenciales y que estudiaba, por otra parte, una pequeña minoría. Mejor o peor, el sistema cumplió su papel, estrechamente acoplado a la estructura social dominante. Dentro de ese núcleo fundamental la Facultad de Derecho constituía —como en los países latinos de Europa y no solo en ellos— el vivero de la clase dirigente. Por una paradoja, en modo alguno inexplicable funcionalmente, una determinada escuela “profesional” adquiría, sin embargo, el carácter más amplio de ser centro de formación cultural. Gracias a cierto número de disciplinas difícilmente eliminables del estudio del derecho —Historia, Filosofía, Economía y Hacienda, Psicología y An-



© 2001, DERECHOS RESERVADOS

Prohibida la reproducción total o parcial de este documento,  
sin la autorización escrita de la Universidad de El Salvador

SISTEMA BIBLIOTECARIO, UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

tropología— no sólo se formaban juristas en estricto sentido sino las disposiciones generales en esas fechas necesarias a la clase social dirigente políticos, administradores y empresarios. Y lo cierto es que ninguna otra escuela profesional —sea dicho de paso— ha podido sustituir desde entonces en ese papel a la Escuela de Derecho. Conviene tan sólo recordar dos cosas: primero, que este sistema de escuelas profesionales al estilo francés nunca pretendió encarnar la idea alemana de la enseñanza por la investigación o, dicho de otra forma, el cultivo desinteresado de la ciencia por la ciencia —que por influjos germánicos realizarían más tarde también ingleses y norteamericanos. Segundo, que a diferencia del sistema francés —como luego lo fue, en el soviético— no se crearon las grandes Academias complementarias que, desde los planes napoleónicos, tenían por misión la investigación científica más elevada. En consecuencia, la Universidad latinoamericana —como la del mundo hispánico en general— quedó siempre manca por el lado de las ciencias puras y de la investigación. Por otro lado, como la enseñanza secundaria nunca fue plenamente satisfactoria —aún en los mejores casos— la universitaria tenía que partir siempre de una base deficiente

Sólo un estudio minucioso país por país, podría mostrarnos cómo se la arregló la Universidad latinoamericana para adentrarse con algunos resultados no desdeñables en la época en que ya no podía funcionar sobre esas bases. El relato se hará —empieza a hacerse— el día en que la llana prosa narrativa de cómo las cosas fueron y no pudieron quizá ser de otro modo, sustituya, sin residuos, a los vaivenes entre el ditirambo complaciente y la elegía plañidera a que siempre ha estado sometida la historia de nuestra cultura.

El hecho es que esa nueva época está ya en marcha desde hace unas décadas y que los sistemas de enseñanza superior comienzan a adaptarse a las modificaciones de la estructura social que trae consigo la mayor riqueza, la industrialización incipiente y la rápida urbanización. Se añaden otras Escuelas a las ya existentes —nuevas de Ingeniería en sus distintas ramas, de Ciencias Naturales, de Arquitectura, de Economía, de Administración Pública, de Antropología, de Servicio Social, etc.—; se exigen de planta diversas ciudades universitarias diversamente orientadas y comienzan a fundarse centros de investigación. Ni siquiera una enumeración selectiva puede realizarse aquí por miedo a incurrir en injustificadas omisiones, pero en esa renovación se distinguen México y Chile, Argentina y Colombia, Costa Rica, Puerto Rico y Brasil, por último en reciente avance precipitado. Ahora bien, lo du-



doso es que todo este proceso se deba a una adaptación de la Universidad a una previa diferenciación funcional en la sociedad misma, es decir, a un ajuste a las presiones rigurosamente articuladas de determinados grupos sociales, pues solo en nuestros días toma conciencia de sí misma la transformación social de América Latina. Un examen atento nos mostraría la mayoría de estas reformas y creaciones como un resultado de impulsos corporativos o de propuestas de hombres públicos de amplia visión que se adelantaron en sus previsiones a la marcha misma de las mudanzas estructurales. La prueba consistiría —posible en ocasiones por el análisis estadístico de algunos datos censales— en mostrar que la que se adaptó en este caso fue la misma sociedad, ocupando, no sin movimientos vacilantes muchas veces, los nuevos cuadros de las oportunidades profesionales ofrecidas.

La situación en nuestros días comienza a ser muy distinta por dos razones: primero, por la toma de conciencia colectiva a que ya se aludió, segundo, por la formación de una voluntad generalizada —más o menos precisa de planeación puesta al frente del desarrollo económico. La percepción de lo que el desarrollo económico significa y la urgencia de intervenir en él de modo consciente, empuja cada vez más a la planeación a campos distintos del estrictamente económico y en primer término al de la educación. Y aunque la atención se ha volcado en particular a los sistemas de enseñanza primaria y secundaria, no tardará el día en que la superior ocupe quizá el primer plano. El día en que se sienta en forma urgente la necesidad de llenar los cuadros profesionales —técnicos y administrativos— sin los que no puede avanzar el desarrollo económico y en que se perciban como problemas nacionales todos los que tienen que ver con la investigación científica.

La situación actual de la enseñanza superior en los países latinoamericanos lleva por su complejidad a una planeación muy meditada. Pues se está en peligro de que caigan de un solo golpe demasiadas cosas sobre los hombros no muy robustos de la Universidad. Como todas las de occidente tienen hoy que aceptar la diversidad de sus funciones e intensificar sus esfuerzos en cada una de ellas. Necesita:

- 1) Ampliar y perfeccionar la función de la enseñanza profesional y esto en vista de las necesidades previstas por los planes de desarrollo económico.
- 2) Suplir y complementar las deficiencias de la enseñanza secundaria y reforzar así, más por necesidad que por influencias de una doctrina, el papel de la función cultural. Tanto más cuanto se trata

del instrumento necesario para llevar a su plenitud integraciones nacionales aún no conseguidas por algunas partes.

- 3) Empezar el cultivo de la ciencia pura y un amplio programa de investigaciones científicas. Investigaciones no sólo dictadas por algunas reconocidas en el sistema de las ciencias, sino más bien y sobre todo por los problemas de más urgente solución.

Las reformas impuestas por estas exigencias —y sólo se señalan las más gruesas— exigen opciones y renunciaciones que sólo cabe señalar de caso en caso. Requieren la formación de una escala de preferencias, un claro esquematismo de alternativas y la decisión, temporal quizá, por una u otra. Pues no todo se puede llevar a cabo y tampoco existe fórmula o receta aplicable en cualquier caso. La única y verdadera fórmula general es que la Universidad solo emprenda lo que pueda hacer, es decir lo que pueda hacer bien. Este viejo imperativo de autenticidad es el único que puede poner un poco de orden y calma en el ímpetu novísimo de la investigación científica. Pues no se trata de construir, con perfectos organogramas en el papel, un artefacto completo de “ilusiones” investigadoras que nunca alcance sustancia y efectividad. La creación de centros de investigación ha de realizarse en forma modesta y de ensayo, acudiendo a llenar los huecos más graves, renunciando incluso a poseer nacionalmente buen número de ellos. Este es el punto en que el instrumento de las “federaciones para un propósito limitado”, debe utilizarse para la creación de Institutos y Centros supranacionales, que aparte de ser lo único que puede mantenerlos en pie es al mismo tiempo un medio de integración de incalculables alcances.

Las relaciones entre el poder político y el poder espiritual de la Universidad no han sido siempre lo que hubiera sido de desear. El principio de la independencia y autonomía universitarias no sólo ha estado latente sino que figura en preceptos estatutarios y aún hasta en el título para subrayarlo —de algunas universidades. Ha habido algunos casos de ejemplar continuidad de las instituciones universitarias, con absoluto respeto de su autonomía por parte del Estado. Pero, por desgracia, la historia de la Universidad latinoamericana ofrece casos de irrupciones repetidas del “intervencionismo” político del Estado, esté o no amparado por algún artículo constitucional.

A primera vista pudiera ser fácil imputar siempre la culpa al Estado y achacar hechos tan lamentables a razones de inestabilidad política. Pero el severo ceño de la verdad obliga a no tomar siempre

alegiamente tan fácil camino. La hipótesis sociológica es cabalmente la contraria, la de que semejante intervencionismo se ha debido en muchas ocasiones más que a la robustez de las ambiciones políticas a la debilidad de las pretensiones universitarias. Sólo una detenida investigación histórica en cada país nos daría la clave del problema, confirmando o rechazando la hipótesis. Esta se funda en las relaciones de mutualidad entre la Universidad y el Estado antes formuladas. La Universidad necesita para encarar al Estado la legitimidad social de una autoridad reconocida por todos. Y esa autoridad no la tiene si su prestigio como institución es deficiente. Se va así más allá del caso —no infrecuente— de una “politización” de la Universidad de tal naturaleza que invoque por sí sola, por confusión de límites, la interferencia estatal. No, se trata más bien muchas veces de debilidades congénitas de la corporación universitaria como tal corporación. La institución no es vigorosa y no puede ofrecer por tanto la debida resistencia. Cuando no posee el suficiente volumen de prestigio social no puede obtener del Estado reconocimiento y respeto. Este ha sido siempre el punto más sensible y doloroso en todos los conatos latinoamericanos de reforma universitaria, pues ninguna corporación accede fácilmente al reconocimiento público de su propia flaqueza. Y aparte de esto porque aunque se reconocieran las raíces del problema no era siempre fácil señalar una pronta solución. En efecto todo el mundo conocía que lo que otorga autoridad a la institución universitaria, es el hecho de que funcione rigurosamente como tal, en completa y exclusiva dedicación a su tarea. Para ello sus jerarquías han de encontrarse fijadas con rigor, el criterio de selección de sus profesores claramente conocido y ejercitado, y el tenor de vida de todos sus miembros asegurados con la debida decencia. Pero esas condiciones no se consiguen donde el profesor no sigue una carrera y donde su nombramiento es arbitrario. Con ser importante el status socio-económico del profesor, casi más cuenta para su prestigio social saber que a su cátedra llega por un reconocimiento serio de su capacidad científica y pedagógica. No hay desde luego sistema alguno de selección sin fallas y exento de cualquier sombra de duda acerca de su imparcialidad, pero lo peor es que no exista ninguno y que esté abierta la puerta de par en par a las influencias personales, familiares, amistosas o políticas.

Las Universidades latinoamericanas se han esforzado en estas últimas décadas por ganar pleno prestigio atacando estos puntos vitales de su organización: dignidad de la cátedra y decoro socio-económico de su personal. A partir de aquí tampoco hay receta segura para cada caso y lugar, como no sean los principios generales de toda organización, que la sociología contemporánea conoce a fondo. Hay que partir

de lo que hay y que es producto de tradiciones resistentes y muchas veces justificadas, sin la ilusión de que todo se arregla por una variación de los esquemas organizativos. La Universidad funciona bien por muchas partes sujeta a las más diversas organizaciones; no es cuestión de facultades o departamentos, de decanos o directores, de institutos fuera o dentro de las facultades, etc., tampoco de seguir la moda del momento y arremeter contra el profesor carismático en defensa del investigador o de tales o cuales tipos de docente, porque unos y otros son igualmente necesarios. La suprema orientación es, sin embargo, siempre la misma: disfrute de prestigio gracias a la autenticidad.

La Universidad latinoamericana ha conocido, desde luego, en su gama completa la tipología de reformas antes señalada. Ha habido y se han dado recientemente reformas de tipo político que han puesto a la Universidad sobre cimientos completamente nuevos o renovados. Los conatos, aunque no siempre logros, de las reformas corporativas son legión. Las reformas en que convergen los esfuerzos paralelos de la Institución y del Estado sólo ahora comienzan a mostrarse como imprescindibles. Lo novedoso de América Latina —mejor, de su fracción de lengua castellana— ha sido la modalidad que tomó la reforma corporativa. O sea, la reforma corporativa inspirada y sostenida por el sector estudiantil. El famoso movimiento iniciado en Córdoba en 1918 se corrió como un reguero de pólvora por todos los países de lengua castellana y sus efectos llegan hasta hoy. Quiso la renovación de la Universidad y la esperaba con fe de la participación de los estudiantes en su gobierno. La importancia histórica del movimiento de reforma es considerable. Pero también aquí la verdad obliga a no dejarse arrastrar por la corriente. Pues esa su declarada importancia es decisiva desde la perspectiva de la historia social de hispanoamérica en su conjunto, pero decididamente problemática desde el punto de vista de la Universidad misma. Fue el primer síntoma público de la crisis en que entraba la estructura social de América Latina y por eso sus protagonistas aparecen una y otra vez en la historia política de la región. Pero su eficacia “reconstructora” en la Universidad misma fue escasa y en más de algún aspecto negativa. Echó por tierra viejos petrefactos pero sin poner en su lugar nada orgánicamente perdurable. La mera insistencia en la “representación indirecta” de la juventud en el gobierno de los organismos científicos, no sustituye si no más bien perjudica su “representación directa” en el diálogo socrático de la cátedra o en la labor paciente —ni poco ni mucho democrática— en el laboratorio y en el taller. Inició por otra parte la politización excesiva de algunas Universidades que constituye por hoy su mayor peligro.

## — III —

Todo lo examinado hasta aquí concierne a la Universidad vista desde dentro en su propio mundo, y sometida a los influjos políticos y sociales del más amplio en que está o se encuentra. Interesaba sobre todo subrayar el proceso de diferenciación funcional a que se ha visto por todas partes forzada en virtud de las exigencias ineludibles requeridas para la formación y mantenimiento de las sociedades industriales. La Universidad ha tenido que aceptar esa diferenciación y adaptándose a su medio reformar de una u otra forma su tradicional estructura. Importa ahora invertir la relación y examinar el papel activo de la Universidad ante el mundo, su reacción frente a él. En línea histórica se destaca así la continuidad por bajo y en resistencia a la pasiva adaptación. Cualquiera que sea la dimensión que pueda alcanzar esa diferenciación funcional, una y sólo una función le sigue adscrita como su última tarea intransferible, la de ser el lugar en que debe darse “la más elevada conciencia de la época”, constituyéndola en consecuencia en su más vigoroso poder espiritual.

El ejercicio de ese poder tiene su asiento en la “incesante busca de la verdad por la comunidad de maestros y discípulos”. Esa verdad nunca completa, siempre abierta, que es, sin embargo, en cada uno de sus momentos plenamente universal. Las consecuencias sociológicas de que la Universidad aparezca como el lugar en que se busca la verdad, como el centro en que se crea y se transmite la ciencia son por lo pronto dos. De la primera sólo se tratará de pasada para atender con mayor cuidado a la segunda.

Esa primera consiste, por la identificación de ciencia y Universidad, en que la actividad universitaria tenga que ser por esencia universal, necesariamente desligada de todo localismo. No existen Universidades nacionales como no existen ciencias, al menos es su intención, de ese tipo. La comunidad científica abarca propiamente al mundo entero. Sin embargo, la tensión histórica de la Universidad ha consistido hasta hoy en el hecho de que a pesar de su aspiración universal tenga que arraigarse en diversos medios nacionales frente a los que se siente obligada de alguna manera. La contracción actual del mundo agrava y atenúa al mismo tiempo esa tensión; la agrava al hacerla más vivaz y más intolerable, por lo tanto, la atenúa por las mayores facilidades —potenciales desde luego— de contacto y comunicación. Puede, sin embargo, superarse en cierta medida sólo cuando se acepta lo particular inmediato como el ámbito de trascendencia hacia lo universal.

La segunda consecuencia es que la busca de la verdad como dedi-

*¿Por qué los Cambios en las Universidades de América Latina 27*  
*Son Fundamentales pero Difíciles?*

cación —el cultivo de la ciencia— exige un mínimo de apartamiento y retiro. La preocupación por el saber lleva a la despreocupación por otros afanes vitales. Pero también aquí otra tensión histórica ha dominado siempre a la Universidad. Pues cualquiera que haya sido su afán de apartamiento no pudo nunca permanecer indiferente ante su aquí y ahora, ante los problemas del mundo concreto que la rodeaba.

Acaso en algún momento pudo resolverse esa tensión por completo, pero sólo claro es en la idea. Es decir, cuando en el idealismo alemán la soledad del científico (*Eisamkeit*), su retiro de la realidad cotidiana, tenía la garantía de la verdadera realidad que sacaba de sí misma la Razón en su destilar de conceptos. Con el ocaso de esa teoría filosófica la tensión no ha podido resolverse y sólo cabe aminorarla por su aceptación y la busca de un equilibrio inestable. Una y otra vez, sin embargo, se manifiesta la nostalgia del intelectual por la vida recoleta, su aspiración a la soledad, al “ocio” y al “ensimismamiento”. Surgen aquí y allá distintos proyectos para realizarla o aproximarse a ella y todavía algunos defienden a la Universidad desde esa persistente tradición (6).

De hecho nunca fue posible el desinterés de la Universidad por las cuestiones más urgentes del día. Pero tampoco le conviene. Y no sólo porque perdería así buena parte de los estímulos de su tarea científica, sino porque abdicaría de antemano el cumplimiento pleno de su poder espiritual, que no agota la investigación dictada por la elaboración sistemática de la ciencia.

Para que la Universidad sea el lugar en que se ofrece “la más clara conciencia de la época” tiene también que ser el lugar que representa “la serenidad frente al finesi” en la consideración de las más espinosas y graves cuestiones de esa época. Lo que quiere decir que nada de su tiempo puede serle ajeno, pero sólo en la medida en que pueda situarlo a la distancia que exige su busca permanente de la verdad.

Si la “universidad enclaustrada” ha sido siempre excepcional y hoy casi imposible —“torre de marfil” tan solo en el denuesto— su contraposición radical no lo es menos, porque acaba precisamente con la Universidad misma. Frente a la “Universidad enclaustrada”, la “Universidad militante” es la que se deja invadir sin tamiz alguno por los ruidos de la calle y reproduce en su seno, en exacto microcosmos,

(6) To be an undergraduate is to enjoy the “leisure” which is devoted by thinking without having to think in the pragmatic terms of action and talking without having to speak in terms of prescription or practical advice —the “leisure”, in short which distinguishes the peculiar academic engagement of explanation” M. Oakeshott “The Study of Politics in a University” en *Rationalism in Politics* London 1962, p. 315

todos los conflictos y pasiones de su mundo. La tarea científica desaparece y solo quedan los gritos sustituyendo a las razones .

La apertura al mundo de la actividad universitaria —su única manera de influir sobre él— solo cabe, en consecuencia, en la forma de la “universidad partícipe”, es decir, no militante ni enclaustrada. “Universidad partícipe” es aquella que enfrenta los problemas del día aceptándolos como tema riguroso de su consideración científica, para afirmar únicamente lo que desde esa perspectiva se puede decir hace tiempo que se formuló el criterio de la neutralidad valorativa de la ciencia. Y aunque la sociología del conocimiento crea descubrir hoy los secretos de génesis —que para nada afectan al contenido de su validez— y pueda discutirse por mucho tiempo la amplitud de los límites en que parece aceptable, no cabe duda de que seguirá siendo, mientras subsista la ciencia, el principio inexpugnable del diálogo universitario.

Constituye la Universidad en los días que ocurren el “principio promotor de la historia en la América Latina? Es el lugar en que se despliega “la más alta conciencia” en nuestra época? Ofrece, en suma, con toda plenitud su poder espiritual? Contrariando los mejores deseos, la respuesta está muy lejos de ser rotunda e impone inquietantes reservas.

La Universidad latinoamericana ha realizado intensos esfuerzos en estas últimas décadas por mejorar su condición y lo ha conseguido, en su conjunto, en buena medida en muchos aspectos técnicos y materiales. Algunas ciudades universitarias elevan sus trazados arquitectónicos con justificado orgullo. La presencia de sus miembros —profesores e investigadores— en calidad de expertos en muchas tareas públicas es cada vez mayor. En algunos países las actividades de extensión universitarias se realizan desde hace bastantes años en forma sostenida. Y sin embargo asalta la duda de si acaso la vieja universidad latinoamericana, con todas sus limitaciones y tan pobremente instalada por lo general, no irradiaba sobre su sociedad una autoridad mayor. Se trataba tan sólo de la presencia aquí o allá de algunos grandes “maestros de la nación”? Del fervor de pequeños cenáculos? Las irracionalidades de la historia deslizan de nuevo su gesto enigmático incitando nuestro afán de comprensión. No estará justificada la sospecha de que la Universidad no actúa con el suficiente vigor en muchos sitios, enfrentando como partícipe, es decir sólo la Universidad, los problemas más graves del día? Las cuestiones que inquietan a la vida latinoamericana en la actualidad son en buena proporción rigurosamente técnicas, o sea sujetas al análisis racional del saber científico. Si la Universidad no los acoge científicamente en su seno, quedan abandonados con enormes

carga efectiva al decisionismo miope de los intereses. Extraña, por ejemplo, que la Universidad no haya recogido por todas partes con esfuerzo sostenido el tema dominante del desarrollo económico y lo haya examinado en todas sus implicaciones y complicaciones, que van más allá, mucho más lejos, del campo económico en estricto sentido. La Universidad no puede renunciar a su misión orientadora ante semejante problema clave, oponiendo la serenidad y la firme razón a todo tipo de improvisaciones irracionales.

Por qué no siempre ha sucedido de esa forma? Sería lastimoso no tener el coraje de señalar a este respecto el mayor peligro que amenaza hoy el destino de la Universidad latinoamericana, aunque por fortuna no por todas partes con igual magnitud. Ese grave peligro es el de la excesiva "politización" de la Universidad, su tendencia a convertirse en "Universidad militante". no es lícito cegarse a la realidad de que hoy en más de algún sitio es imposible ejercer la libre actividad de la cátedra. Una fuerte proporción de la juventud no quiere atenerse a razones y rechaza de antemano toda duda metódica, mejor dicho no quiere tener dudas. El por qué de esa situación juvenil no ha sido estudiado en serio en parte alguna. Sólo queda como único apoyo la vaga referencia a una situación ambiental, sin las imágenes precisas y diferenciadas de su percepción concreta.

Es evidente que América Latina atraviesa en estos días por un estado de anegadora efervescencia —expresión incontinida de las profundas transformaciones de estructura social que ocurren en su seno— que penetra como no podía ser menos en la propia Universidad. Pero la simple correlación inquietud social-Universidad militante, es ciega como toda correlación. Cómo opera de hecho la conexión causal?

La afirmación no parece, por el contrario, arriesgada de que el porvenir depende en buena parte —sólo en buena parte, claro es— de que la Universidad sea o no capaz de actuar científicamente sobre su medio social poniéndose al frente de las transformaciones inevitables para canalizarlas lo más racionalmente posible por medio de la ciencia, la experiencia histórica y el saber acumulado. En una palabra, de que la Universidad no renuncie por incompetencia o apatía a su poder espiritual.